

Verbo divino! Eucaristia y sacerdocio! Qué sacramentos! y qué misterios!

Aquí en la Eucaristia eres, oh Jesús! el Dios de mi corazón. De todas maneras eres mi Dios; pero sacramentado eres el Dios de mi corazón: *Deus cordis mei!* mi herencia y el patrimonio de mi amor.

Con amor perpetuo quiero pagarte lo mucho que me amas, y el amor sin término que en tí supone lo que has hecho y padecido por mí. Diez y nueve siglos de vida sacramental, para hacerte mi alimento...!! Mil novecientos años en busca mia por penosísimos caminos...! Qué fineza! qué amor!

Voy á pasar el resto de la noche, oh Jesús mío, abismado en este pensamiento:

Amándote finamente,
lo mismo que tú me amas,
que finezas con finezas,
y amor con amor se paga.



XXVI.

Entre ruinas.

Aquí; entre los derrumbados muros de esta Iglesia que fué maravilla del arte; entre los escombros gigantes del que fué gótico claustro; entre las ruinas de este antiguo convento, sólo sé gemir, como Jeremías sobre las ruinas de Jerusalén.

Profeta santo, dame tus acentos de dolor para llorar las desgracias de mi Patria: dame los torrentes de lágrimas que brotaron de tus ojos, y lloraré las desventuras de la pobre España.

España! España! La de reyes potentísi-

mos, la de capitanes invencibles, la de soldados aguerridos, la que venció en Lepanto, la que triunfó en Pavía, la que llenó el mundo con los trofeos de su gloria, ¿dónde está?

¿Cómo cayó del solio de su grandeza la hija de Pelayo? ¿Quién ajó la hermosura? ¿quién marchitó los laureles? ¿quién redujo á menudo polvo las glorias de la nación ibera?

La España de Recaredos y Pelayos, la España de Carlos y Filipos, ¿qué se ha hecho, Dios mío? ¿Cómo ha quedado reducida á soledad la reina de las naciones? ¿Cómo ha sido destronada la Señora de los reinos? ¿Cómo es hoy tributaria la Soberana de dos mundos?

Gime ¡oh dolor! la madre patria con doloroso gemido; brotan lagrimas sus ojos, y el llanto sus mejillas surca; sus amigos la han despreciado, y sus hijos la han llenado de amargura.

¡Un siglo, mi Dios, un siglo hace que sus enemigos la dominan, que sus enemigos la gobiernan, que sus enemigos la cubren

de ignominia, y que sus mismos hijos desgarran su corazón!

Cuervos crió y la han sacado los ojos; víboras nacieron en su suelo y la han emponzoñado; hoy está ya herida de muerte; ¡pobre España! ¡Venid, españoles! Venid, y ved si hay dolor semejante á su dolor.

¿A quién te compararé, amada patria mía? ¿Con quién te igualaré, hija de San Fernando? Grande es como el mar tu amargura; terrible como la muerte la herida que veo en tí.

¿Y será tal tu desgracia que remedio no consienta? ¿Y será tal nuestro infortunio que no haya para tí esperanza de salvación?

¡Nó, patria mía, nó! Ten esperanza y fe viva, que aún te queda un remedio.

¡España, querida España! ¡Conviértete á tu Señor!

*
**

Desiertas están, ¡oh España! las marítimas vías, por do ligeras naves caminando,

traían á tus costas las riquezas de Levante y los tesoros de Occidente; desiertos están tus palacios y liceos, envidia un tiempo de los príncipes de Europa; y tú misma, cual huérfana sin padre, cual doncella deshonorada, eres el ludibrio de las naciones.

Las que envidiaron tu pasada grandeza y fueron enemigas de tu fe, te miran hoy con desdeñosa mirada, y repartiendo entre sí los despojos de tu gloria, exclaman: *Devoravimus eam!* ¡la hemos devorado!

¿Qué pecado has cometido, amada patria mía? ¿Qué pecado has cometido, que así, cual ser impuro, te ves mancillada y hecha el escarnio de pueblos que fueron siervos tuyos? ¡Ay! ¡Fué mayor tu iniquidad que el pecado de Sodoma y de Gomorra, assoladas de repente!

Oídos diste á profetas falsos que te anunciaban días de ventura y libertades sin cuento; á instancia de ellos arrojaste de sus casas á los Santos de Israel: ataste sus manos á guisa de malhechores; los condenaste al ostracismo, lejos de los patrios lares; tus naves los llevaron al destierro, y allí murieron

los ungidos del Señor, cual si fuesen sectarios de Mahoma. ¡Qué iniquidad!

Penetró después una turba furiosa en el sagrado recinto de los claustros, llevando la tea incendiaria en una mano y el puñal sanguinario en la otra; asesinó alevemente á mil víctimas indefensas, puso fuego al santuario y un lago de sangre rodeó los escombros humeantes de los templos del Señor, ¡y tú lo viste, y callaste! Pero el incendio creció; consumió las bases seculares de tu solio; y el trono de cien reyes cayó rodando al suelo, entre las ruinas de los conventos y la sangre de los religiosos. Tál fué tu iniquidad, tál tu castigo!

Mas ¡ay! perdona, patria mía, perdona que en mi dolor te atribuya los estragos causados por la *revolución*, tu enemiga, por el *liberalismo*, tu tirano.

Ellos te sedujeron, ellos te mancillaron, ellos te hicieron cometer abominaciones que claman venganza al Cielo y auguran para tí días de acerbo luto. ¿Y serán tales tus crímenes que no merezcan perdón? ¿Y no habrá para tí esperanza de remedio?

Sí, la hay todavía: ¡España, querida España, conviértete á tu Señor!

*
**

Y huyó de la hija de mi pueblo la hermosura y la grandeza: sus príncipes y sacerdotes se vieron como ovejas perseguidas por el lobo, mientras sus enemigos, con mano avara, arrebatában las perlas de su corona y demolían sus altares.

¡Sí, mi Dios! Vinieron los impíos y contaminaron tu heredad, llevaron la abominación al templo santo, y pusieron á la España como cabaña de guardar fruta, como choza desierta en melonar abandonado.

Triunfante la maldad penetró á mano airada los recintos más sagrados; asesinó vil y cobarde á tus ministros; dió los cadáveres de tus siervos por alimento á las aves del aire, y los cuerpos de tus ungidos fueron pasto de las bestias de la tierra.

Se ensañó ¡qué baldón! hasta en las Vírgenes, esposas del Cordero; las ahuyentó

de la celda, nido de sus místicos amores, y alguna cayó en sus manos, como cae la paloma perseguida en las garras del gavilán.

Y el pueblo en masa gimió estremecido de espanto, viendo profanada la casa de Dios, perseguidas las hijas de Sión, y degollados aquellos nazareos más cándidos y puros que la nieve, más preciados que el marfil antiguo.

Los pequeñuelos pidieron entonces pan á sus padres, pan de sana doctrina, y no hubo quien se lo diera; y la hija de mi pueblo, más cruel que el avestruz del desierto, los dejó morir de hambre, ó permitió que con dulce ponzoña los envenenara la *prensa libre*.

Y un vértigo furioso se apoderó de la juventud, que corrió frenética á echar por tierra instituciones seculares y tradiciones venerandas.

Y los ancianos al ver despreciadas las patrias leyes y oprimida la nación, sentados en tierra, cubrieron sus cabezas de ceniza, ciñeron á sus carnes el cilicio, y lloraron la ruina de la Iberia, pidiendo á Dios por ella.

Y al llanto de los ancianos se mezcló el gemido de la doncella casta y las lágrimas del tierno niño.

¿Podrán estas lágrimas piadosas atraer sobre tí la compasión de lo alto y las bendiciones del Cielo? ¿Habrá para tu mal algún remedio escondido á las miradas del hombre?

¡Sí, lo hay! ¡España, querida España, conviértete á tu Señor!

*
**

Determinó el Señor castigar en su ira los pecados de mi pueblo, y lo abandonó á discordias intestinas. Hermanos pelearon contra hermanos, y rompieron el cetro, y despedazaron el manto y trizas hicieron la corona de España.

Hijos bastardos derrocharon su tesoro y la empobrecieron; hijos villanos la deshonraron y cubrieron de ignominia; hijos crueles la envenenaron, ofreciéndole en la copa de la libertad la ponzoña de la herejía,

y, una vez narcotizada, otros hijos traidores, añadiendo la perfidia á lo bastardo, lo tirano y lo cruel, se rebelaron contra ella y quisieron emanciparse á costa del honor y de la sangre de su propia Madre.

Arteros enemigos contemplaban con la risa en los labios esa rebelión de mambises y tagalos; y cuando en Oriente y Occidente íbamos á dar el golpe de muerte á esta doble insurrección, ese enemigo pérfido se lanza sobre España, como manada de lobos sobre indefenso rebaño, y devora á nuestro ejército, y destruye á nuestra marina, y nos roba la perla de las Antillas, y las islas que descubrió Magallanes, donde nace el sol.

Y la nación desangrada, empobrecida, liberalizada, moribunda y descristianizada, presenta el triste aspecto de una grey sin pastor, de un león muerto ó cloroformizado, sufriendo los hocicones de inmundos jabalíes.

Hoy todo extranjero que visita sus pueblos pregunta con asombro suyo y confusión nuestra:

«¿Quién dió muerte al león español?»

¿Es esta aquella España? ¿Es esta aquella nación, señora del mundo un día? ¿Dónde están sus naves, dominadoras de las aguas? ¿Dónde sus marinos, descubridores de nuevas tierras? ¿Dónde sus guerreros, conquistadores de muchos reinos? ¿Dónde sus reyes, herederos del imperio de los Incas? ¿Dónde sus legisladores, más famosos que Licurgo y que los sabios de Grecia?»

¡Callad, imprudentes viajeros, callad! No nos digáis lo que fuimos; no mencionéis vuestras glorias, que nos matáis de vergüenza. Dejadnos llorar nuestra mengua, que el desgraciado no tiene más consuelo que sus lágrimas.

Y en tanto que nosotros lloramos las desgracias de la patria, ella va mendigando desdeñoso favor de Italia, su esclava en otro tiempo; ella mendiga á las puertas de la soberbia Albión, de la altiva Alemania y de la menguada Francia, que temblaban en su presencia, cuando España tenía cabeza bastante poderosa para sostener la corona de dos mundos.

¿Y á nosotros, Señor, nos estaba reser-

vado ver así destrozada, ver así envilecida, ver así mendigando á la patria de Cisneros y de Gonzalo de Córdoba? ¡Dios mío! ¿Por qué nos diste vida en tiempos tan calamitosos? ¿Por qué vinimos al mundo en días de tanta infamia y de tanta degradación?

¡Oh gallardo mozo, vencedor de Lepanto! ¡Oh bizarro Cortés, triunfador de Moteczuma! ¡Oh atrevido Pizarro! ¡Oh valiente duque de Alba! ¡Oh Gran Capitán! ¡Oh ínclito Cisneros! ¡Oh Católica Isabel! ¡Oh prudente Felipe! ¡Sombras augustas! ¡Levantáos de la tumba, y ved si mendigaríais vosotros desdeñoso favor de enemigos y extranjeros! ¡Levantáos y mirad á vuestra España cual está!

¡Mirad lo que nos legásteis! ¡Mirad lo que nos ha quedado! ¡pero nó! No lo miréis, que volveréis á morir de vergüenza y asombro. ¡Ved lo que fuísteis! ¡Ved lo que somos!

¿Qué somos comparados con vosotros? Indigna prole de tan esclarecidos varones; generación de pigmeos al lado de aquella generación de gigantes: esto somos hoy!

¿Y no habrá ¡oh España! un hombre que eclipsando á tus falsos prohombres te restituya tus perdidas glorias? ¿No vendrá un Cisneros que arroje la nueva morisma á los arenales africanos? ¿No vendrá otro Felipe que haga estremecer de espanto á los enemigos de tu fé?

¡Sí; vendrá, patria mía!... pero, ¡España, querida España, conviértete á tu Señor!

*
*
*

Acuérdate, Señor, de lo que nos ha pasado, y ten presente nuestra ignominia.

Mira nuestra heredad en manos enemigas, y nuestras moradas en poder de los extraños.

Hemos quedado como huérfanos sin padre; y compramos á subido precio las cosas que siempre fueron nuestras.

Todo nos lo arrebató la revolución impía, y nos llevó atados al carro de su triunfo, para ponernos cautivos entre los hijos de Edón. Acuérdate, Señor, de tanto oprobio,

y enciéndase contra ella el fuego de tu ira. Derrama tu furor sobre el monstruo revolucionario, enemigo de tu nombre; y quede reducido á pavesa, como árbol calcinado por el rayo.

Descarga tu indignación sobre esa ramera de Babilonia que ha dicho en su delirio: Hagamos cesar el culto de Dios sobre la tierra.

Descienda tu venganza divina sobre la infame secta que degolló á tus ministros, que persigue á tu Iglesia, y tiene encarcelado á tu Vicario.

Ábranse los cielos, baje á la tierra tu bendición, y fecunda con ella á los pueblos de donde han de salir los libertadores de la oprimida España.

Vengan pronto los héroes predestinados para volver á la hija de Pelayo su pasada grandeza.

Vengan pronto, Señor!

Vea yo salir la aurora que anuncie á mi patria días de ventura, un porvenir glorioso y duradero. Amén, amén!

Desolado sea el trono de la Bestia! Bri-

llen días felices para la hija de Santiago,
para la nación predilecta de María. Amén,
amén!

Conviértenos, Señor, á Tí, y nos con-
vertiremos; renueva nuestros días, y haz que
sean dichosos como los años antiguos.



ADVERTENCIA



Algunos de los versos que van en esta obrita, son de los clásicos españoles y de autores tan conocidos, que sería petulancia citarlos. Tales citas son impropias de esta clase de escritos, é innecesarias para las personas instruidas, conocedoras de nuestra literatura; mas como quiera que el número de éstos es tan pequeño, como grande el de los necios, envidiosos y suspicaces, ha parecido bien terminar el libro con esta ADVERTENCIA, por si fuere necesaria para algunos de los últimos.

Vale.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
DEDICATORIA	5
PRÓLOGO.—Al lector.	7
I Desde mi celda	19
II. . . . Al pie de una fuente	27
III Á orillas del mar.	37
IV Durante la tempestad	47
V En la enfermería.	57
VI En el bosque	65
VII. . . . Mirando al cielo	73
VIII . . . En su Capilla	84
IX En el tren	93
X. . . . En mi soledad	101
XI En el Campo Santo.	109
XII. . . . Junto á un féretro	119
XIII . . . En el Portalito	127
XIV . . . Al pie de la Cruz	137
XV. . . . En el Mes de María.	145
XVI . . . Junto al Sagrario.	155
XVII. . . Á la sombra de un árbol	163

	<u>Páginas</u>
XVIII . En el huerto	171
XIX . . Supra montes	179
XX . . . En la Vega	191
XXI . . . En mi celda	197
XXII . . Ante su altar.— <i>Desahogos con el Sagra-</i> <i>do Corazón de Jesús</i>	209
XXIII . En el mes de las Flores	215
XXIV . En la Granja de los Álamos	225
XXV . . Ante el Monumento	237
XXVI . Entre ruínas	251
ADVERTENCIA	265



ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LA OFICINA TIPOGRÁFICA DE
FRANCISCO DE PAULA DÍAZ
EL DÍA 20 DE MARZO
DE 1899.

